

## LA ÚNICA OBRA EN EL RECOBRO DEL SEÑOR

(Viernes: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

### **La iniquidad del santuario en contraste con edificar con oro, plata y piedras preciosas**

Lectura bíblica: Nm. 18:1; 1 Co. 3:6-7, 9, 11-12, 16-17

- I. El libro de Números nos muestra que los pecados de los sacerdotes eran iniquidades cometidas contra el santuario; usando la terminología actual, éstos son los pecados cometidos en la obra de Dios—18:1; 1 Co. 3:12b:**
- A. Hay pecados que cometemos en nuestra vida diaria, pero el obrero del Señor puede cometer además otra clase de pecados: los pecados cometidos en la obra de Dios.
  - B. Pecar en la obra significa ofender a Dios en Su santidad, gloria y soberanía; en la obra de Dios todo lo que es incompatible con la voluntad de Dios es un pecado y es una iniquidad del santuario.
  - C. Existen tres consideraciones muy importantes en relación con la obra de Dios que no debemos olvidar jamás; si fallamos en alguno de estos tres asuntos, habremos cometido iniquidad contra el santuario:
    - 1. La iniciación de la obra de Dios debe ser conforme a Su voluntad; no podemos iniciar ninguna obra por nosotros mismos—Ro. 11:36.
    - 2. El avance de la obra de Dios debe ser conforme a Su poder; no podemos llevar a cabo ninguna obra con nuestra propia fuerza—Hch. 1:8; Zac. 4:6; Fil. 4:13; 2 Ti. 2:1.
    - 3. El resultado de la obra de Dios debe ser que Él obtenga la gloria; ninguna obra debe resultar en nuestra propia gloria—Jn. 7:18; Ef. 3:21; 2 Co. 4:5.
  - D. Existen tres resultados o castigos por cometer la iniquidad del santuario:
    - 1. Se pierde el poder de vida; el hombre se pone añejo.
    - 2. Se experimenta la muerte espiritual; puede haber enfermedad o incluso muerte física; Dios no permite que continúen quienes pecan de esta manera—cfr. Nm. 18:1-7; 1 Co. 11:29-30.
    - 3. Habrá juicio en el tribunal de Cristo; en este tribunal ningún pecado será mayor que la iniquidad del santuario—2 Co. 5:10.
  - E. La iniciación de la obra de Dios debe ser única y exclusivamente Su voluntad:
    - 1. No tenemos ningún derecho a iniciar nada; la voluntad de Dios debe ser el único comienzo de todas Sus obras.
    - 2. No podemos considerar cosa común ningún aspecto de la obra de Dios; si los demás han de percibir frescura en nosotros, dependerá de que las cosas espirituales sean frescas para nosotros.
  - F. El avance de la obra de Dios únicamente puede producirse por medio de Su poder; jamás podemos cumplir la voluntad de Dios valiéndonos de nuestra propia capacidad:
    - 1. Únicamente el poder de Dios —el “dinero” de Dios— será aceptado por Él.

2. Incluso después de que el hombre conoce la voluntad de Dios, aún existe el peligro de que intente cumplirla valiéndose de su propio poder, ideas, carisma o elocuencia; un ejemplo de esto es la manera en que Abraham engendró a Ismael—Gn. 16:15—17:1.
  3. La meta de una obra debe ser espiritual, pero el método y los medios por los cuales alcanzamos la meta de Dios también deben ser espirituales; de lo contrario, cometeremos la iniquidad del santuario al introducir la carne en el santuario de Dios—Nm. 18:7.
- G. El resultado de la obra de Dios debe ser la gloria de Dios, no nuestra propia gloria:
1. Dios escogió lo débil, lo necio y lo menospreciado del mundo para Su obra; en 1 Corintios 1:29 dice: “A fin de que nadie se jacte delante de Dios”.
  2. Dios no desea ver que nosotros recibamos la gloria; solamente podemos entrar en la gloria del Señor.
  3. Es posible que nuestra condición sea muy deplorable y seamos débiles, pero apenas les brindamos un poco de ayuda a los hermanos y hermanas y apenas salvamos a unas cuantas personas, empezamos a robarle a Dios la gloria; robarle Su gloria es cometer la iniquidad del santuario.
  4. Cuando algunos obtienen más conocimiento y experiencia espiritual, es posible que aumente su orgullo espiritual; ello indica que todavía laboran por sí mismos y buscan su propia gloria.
  5. No hay nada más abominable a los ojos de Dios ni nada es más maligno en Su obra que el orgullo; Dios “rechaza” (1 S. 15:23) y “resiste” a los soberbios (1 P. 5:5); la palabra *rechazar* significa terminar una relación con alguien, mientras que *resistir* es una palabra que se usa contra Satanás (Jac. 4:6-7).
  6. En este mundo todos los que están bajo el engaño de Satanás son personas orgullosas; una persona orgullosa no se conoce a sí misma; los que se conocen a sí mismos no serán engañados—Gá. 6:3.
- H. Los pecados comunes y ordinarios deben ser sometidos al juicio de los sacerdotes, pero la iniquidad del santuario es una ofensa directa contra Dios, y Dios la juzga directamente:
1. Esto se debe a que el santuario le pertenece a Dios, y la iniquidad del santuario es una violación contra la gloria de Dios y contra Dios mismo.
  2. “Éste es un asunto extremadamente serio; sólo puedo hablar de esto bajo la sangre preciosa. Le pido al Señor por Su perdón, y también les pido perdón a los hermanos” (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 42, pág. 366).
- II. Debemos ser colaboradores de Dios que “hace[n] la obra del Señor” (1 Co. 16:10) y “[abundan] en la obra del Señor” (15:58) al permitir que Cristo se forje en nosotros (Ef. 3:17a) a fin de que crezca en nosotros (Col. 2:19), nos transforme (2 Co. 3:18) y fluya de nosotros (Jn. 7:37-38) para forjarse en otros por el bien de la iglesia como la labranza de Dios, el edificio de Dios (1 Co. 3:9):**
- A. La iglesia es la labranza de Dios, que produce oro, plata y piedras preciosas—vs. 9, 12.
  - B. Primero tenemos el crecimiento producido en la labranza de Dios; luego las

- plantas en esta labranza llegan a ser los materiales preciosos útiles para el edificio de Dios—vs. 6-7, 12.
- C. El oro, la plata y las piedras preciosas representan las varias experiencias de Cristo en relación con las virtudes y los atributos del Dios Triuno; estos materiales preciosos son producto de nuestro disfrute de Cristo—v. 12; 15:45; 6:17.
  - D. Los materiales preciosos para el edificio de Dios están relacionados con el Dios Triuno: con la naturaleza del Padre, con la obra redentora del Hijo y con la obra transformadora del Espíritu—2 P. 1:4; Ef. 1:7; He. 9:12; 2 Co. 3:18.
  - E. Estamos llegando a ser oro, plata y piedras preciosas que son útiles para el edificio de Dios—1 Co. 3:12:
    - 1. En Dios el Padre, tenemos Su vida y Su naturaleza como el oro; en Dios el Hijo, tenemos Su obra redentora como la plata; y en Dios el Espíritu, tenemos la transformación como piedras preciosas.
    - 2. A fin de edificar con estos materiales, nosotros mismos tenemos que estar constituidos de ellos; necesitamos estar constituidos de la naturaleza del Padre, de la redención del Hijo y de la transformación del Espíritu.
    - 3. Necesitamos del crecimiento en la naturaleza de Dios el Padre, de la redención de Dios el Hijo y de la transformación de Dios el Espíritu; este crecimiento nos convierte en oro, plata y piedras preciosas útiles para el edificio de Dios—vs. 12, 16-17.
    - 4. Al comer de Cristo y por medio de nuestra digestión, asimilación y metabolismo espirituales, Cristo llega a ser nosotros y nosotros llegamos a ser Él; entonces llegamos a ser los materiales preciosos para el edificio de Dios—Jn. 6:57; Ef. 3:17; Gá. 4:19.
  - F. La meta eterna de Dios es el edificio: el templo que es edificado con los materiales preciosos sobre Cristo como único fundamento—1 Co. 3:11-12, 16-17:
    - 1. El crecimiento en la vida divina produce los materiales para la edificación de la morada de Dios; esta morada, la iglesia, es el aumento o agrandamiento del Cristo ilimitado—Ef. 2:21-22; Jn. 3:29-34.
    - 2. En primer lugar, tenemos la labranza para el crecimiento en vida; luego tenemos el edificio, para el propósito eterno de Dios—1 Co. 3:9; Mt. 16:18; Ef. 2:20-22; 4:16.
    - 3. La verdadera edificación de la iglesia como la casa de Dios se efectúa por medio del crecimiento en vida de los creyentes—1 Co. 3:6-7, 16-17; Ef. 2:20-21; 1 P. 2:2-5:
      - a. La verdadera edificación es el crecimiento en vida; el grado al cual hayamos sido edificados es el grado al cual hemos crecido.
      - b. A fin de experimentar la verdadera edificación, necesitamos crecer al disminuir nosotros mismos y al permitir que Cristo aumente dentro de nosotros—Mt. 16:24; Ef. 3:17.
    - 4. También es necesario que aprendamos a coordinar con el Espíritu que transforma a fin de perfeccionar a los santos al ministrarles al Dios Triuno como oro, plata y piedras preciosas de modo que sean transformados a medida que los atributos del Dios Triuno se forjen en ellos hasta ser sus virtudes; en El Cantar de los Cantares 1:10b-11 se nos muestra un cuadro de esto:

- a. La transformación es un cambio metabólico celestial, espiritual y divino que ocurre en nuestro ser.
  - b. La transformación en la vida de iglesia es efectuada por el Espíritu que transforma—2 Co. 3:18; Ro. 12:2.
  - c. Después de que los que aman a Cristo entran en la vida de iglesia, empiezan a ser transformados mediante la obra del Espíritu que los hace de nuevo—Cnt. 1:9-16a; 2:1-2.
  - d. En esta obra transformadora se requiere la coordinación de algunos “transformadores”: los que perfeccionan, quienes ayudan a los que buscan del Señor a conocer a Dios en Su naturaleza y a experimentar a Cristo—1:11; Ef. 4:11-12.
- G. Edificar la iglesia con madera (la naturaleza del hombre natural), hierba (el hombre caído, el hombre de la carne) y hojarasca (la ausencia de vida) es comer la iniquidad del santuario; es arruinar la iglesia como el templo de Dios, el edificio de Dios; en vez de ello, debemos edificar con oro, plata y piedras preciosas—1 Co. 3:12, 16-17.

### **Extractos de las publicaciones del ministerio:**

#### **LA INIQUIDAD DEL SANTUARIO**

La Palabra de Dios nos muestra que ciertos pecados son cometidos ante los hombres, mientras que otros son cometidos ante Dios. Algunos pecados son cometidos contra las leyes comunes y ordinarias, mientras que otros son iniquidades cometidas contra el santuario. En resumen, tenemos los pecados que cometemos en nuestra vida diaria y los pecados que se cometen en la obra. El libro de Números nos muestra que los pecados de los sacerdotes eran iniquidades cometidas contra el santuario. Usando la terminología actual, éstos son los pecados cometidos en la obra de Dios. La mayoría de las personas sólo comete pecados en su vida diaria, pero el obrero del Señor puede cometer además otra clase de pecados. La mayoría de los pecados son comunes, pero un obrero del Señor puede cometer algunos pecados especiales: los pecados cometidos en la obra de Dios. Tenemos que prestar especial atención a este asunto. Un pecado que pertenece a la obra, no necesariamente incluye asuntos tales como el orgullo y la envidia. Cuando la carne se manifiesta, cuando la obstinación queda en evidencia y cuando uno habla o hace sugerencias precipitadamente, a menudo comete este pecado particular relacionado con la obra. Quienes no participan en la obra de Dios no cometerán la iniquidad del santuario; pero los que laboran para el Señor son susceptibles a cometer la iniquidad del santuario, además de todos los demás pecados comunes. Pecar en la obra significa ofender a Dios en Su santidad, gloria y soberanía. En la obra de Dios todo lo que es incompatible con la voluntad de Dios es un pecado y es una iniquidad del santuario.

A menudo les he dicho a otros y también me he dicho a mí mismo que existen tres consideraciones muy importantes en relación con la obra de Dios que no debemos olvidar jamás. Primero, la iniciación de la obra de Dios debe ser conforme a Su voluntad. Segundo, el avance de la obra de Dios debe ser conforme a Su poder y no conforme al nuestro. Tercero, el resultado de la obra de Dios debe ser que Él obtenga la gloria. Si fallamos en alguno de estos tres asuntos, habremos cometido iniquidad contra el santuario. No podemos iniciar ninguna obra por nosotros mismos; no podemos llevar a cabo ninguna obra con nuestra propia fuerza; y ninguna obra debe resultar en nuestra propia gloria.

## LA INICIACIÓN DE LA OBRA ES DE DIOS, NO DE NOSOTROS

En las reuniones, las hermanas se cubren la cabeza con respecto a los hermanos. Esto significa que todos están cubiertos delante de Cristo. Él es el Señor, y sólo Él es la Cabeza. Sólo Él es digno de ser el Señor de todo, y sólo Él es digno de iniciar una obra. En la obra de Dios, no se debe tomar ninguna decisión mediante el diálogo de dos o tres hermanos. El resultado y el valor de una obra, si es que va a ser espiritual y agradable a Dios, no depende de la cantidad de trabajo que haya sido realizado, sino de cuánto ha sido iniciado por nosotros mismos y cuánto ha sido iniciado por Dios. Cuanto menos iniciemos nosotros, más espiritual, valiosa y aceptable será la obra para Dios. Agradezco a Dios que yo no tengo que iniciar nada. Él lo dispone todo. Yo no tengo que ser responsable por proponer nada. A menudo pensamos que debemos hacer esto o aquello, pero Dios tiene Su propia agenda. Nosotros no tenemos que ser Sus consejeros. Únicamente tenemos que hacer Su voluntad y descubrir si algo es conforme a Su voluntad. No tenemos que preocuparnos por el resultado. La voluntad de Dios, y únicamente Su voluntad, debe dar inicio a la obra de Dios. Nosotros no tenemos derecho a iniciar nada. La voluntad de Dios debe ser lo único que dé comienzo a todas Sus obras.

Quisiera hacerles una pregunta a los hermanos responsables locales. En su localidad, ¿se embarcan ustedes en una obra sólo porque eso es lo que la mayoría de los hermanos quiere, o porque es algo lógico que produce buenos resultados? ¿O lo hacen porque saben que es la voluntad de Dios? Hermanos, iniciar algo precipitadamente es cometer iniquidad contra el santuario. En las cosas espirituales no hay lugar para nuestras propias propuestas ni dirección. Dios no necesita que seamos Su cabeza. En el libro de Job Dios le dijo a Job: “¿Quién es éste que oscurece el consejo / con palabras sin conocimiento? [...] Yo te preguntaré, y tú me informarás” (38:2-3). Cada vez que yo leo esto, interiormente me río. Al hombre le gusta ser el consejero de Dios; pero Dios no contrata a ningún consejero. Pablo dijo: “¿... quién se hizo Su consejero?” (Ro. 11:34). Me temo que los colaboradores no han sido muy serios como deberían ser en la obra que realizan en el santuario. Tal vez usted fue muy cuidadoso al comienzo, pero hoy en día se porta de manera muy despreocupada y descuidada. Los que tienen un poquito más de autoridad hablan más y dominan más. Es posible que quienes recién empiezan a participar en la obra sean más cuidadosos que los que llevan laborando ocho o diez años.

El libro de Números nos muestra la distinción entre las cosas santas y las cosas comunes. No debemos caer en profanidad, tratando algún asunto de manera común. Muchas cosas son santas y nada comunes. ¿Alguna vez ha bautizado a alguien? Probablemente la primera vez que usted bautizó a alguien, lo hizo con mucha seriedad. Pero después de cinco o diez veces, esto llegó a ser algo común para usted. Dentro del santuario no había nada nuevo. Los sacerdotes cambiaban el pan de la Presencia, preparaban las lámparas y quemaban el incienso. Ellos hacían lo mismo día tras día y año tras año. Sin embargo, si se portaban descuidadamente tan solo un poco, cometían la iniquidad del santuario y morían. Por lo tanto, ningún sacerdote consideraría común su labor. La primera vez que un obrero tiene que dar un mensaje, lo hace con suma seriedad; pero después de que da unos cuantos mensajes más, esto llega a ser algo común para él. Muchos me han dicho: “Usted parece estar preparado todo el tiempo”. Pero yo puedo testificar que cada vez que leo el Nuevo Testamento, es como si nunca lo hubiera leído antes, y cada vez que doy un mensaje, es como si fuera la primera vez que comparto. Hermanos, ustedes no pueden considerar común ningún aspecto de la obra de Dios. Si los demás han de percibir frescura en nosotros, dependerá de si las cosas espirituales son frescas para nosotros.

Tomemos por ejemplo el partimiento del pan. La primera vez que tenemos que bendecir el pan estamos conscientes de la gravedad de ello y de su significado. Nos conducimos muy

cuidadosamente delante del Señor, y somos verdaderamente como sacerdotes. Subconscientemente, el poder de Dios y Su Espíritu vienen sobre nosotros. Sin embargo, poco a poco nos vamos relajando. Nuestro sentimiento espiritual deja de ser tan fuerte como antes, y ya no tenemos mucho espíritu para orar y adorar. Una persona puede percibir que Dios no le ha dado poder ni unción en un momento particular, pero aún así es posible que piense que puesto que ya lo ha hecho antes, puede hacer lo mismo hoy. De este modo, pierde su frescura espiritual y el poder de vida. Existen tres resultados o castigos por cometer la iniquidad del santuario. El primero es que se pierde el poder de vida, es decir, el hombre se pone añejo. En segundo lugar, se experimenta muerte espiritual; puede haber enfermedad o incluso muerte física. Dios no permitirá que quienes pecan de esta manera continúen haciéndolo. En tercer lugar, habrá juicio en el tribunal de Cristo. Tengo la profunda convicción de que en el tribunal de Cristo ningún pecado será mayor que la iniquidad del santuario.

Hermanos, tenemos que tomar este asunto muy en serio. Nosotros no podemos iniciar la obra. Un hombre únicamente está satisfecho cuando obtiene lo que desea. De la misma manera, Dios únicamente estará satisfecho cuando se cumpla Su voluntad. Nosotros no tenemos otra alternativa que hacer la voluntad de Dios. No podemos reemplazar la voluntad de Dios con ninguna otra cosa. Todos los sacrificios que se hagan en este mundo jamás podrán reemplazar la voluntad de Dios. Los hombres tal vez piensen que la obra que realizan es mejor que la voluntad de Dios y que la voluntad de Dios puede estar equivocada, pero recuerden que Dios no necesita consejeros. Él únicamente quiere que nosotros hagamos Su voluntad. Probablemente hayamos hecho muchas cosas para Dios, pero por mucho que hayamos hecho, lo único que cuenta es la voluntad de Dios.

#### **EL AVANCE DE LA OBRA DE DIOS SE EFECTÚA POR EL PODER DE DIOS, NO NUESTRO PODER**

El avance de la obra de Dios sólo puede ser llevado a cabo por Su poder. Nosotros sólo podemos cumplir la voluntad y el propósito de Dios por medio de Su poder. A fin de llevar a cabo la voluntad de Dios, la obra no sólo debe ser iniciada por Dios mismo, sino que el proceso de llevarla a cabo también debe ser conforme a Su voluntad. Nosotros nunca podremos hacer la voluntad de Dios valiéndonos de nuestra propia habilidad. Una vez fui a Hong Kong con trescientos dólares en mi bolsillo. Tenía que cruzar del puerto de Kowloon a Hong Kong, lo que costaba cinco centavos. Le pedí al hombre que me diera el cambio, pero me dijo que mi dinero no servía. Le mostré los trescientos dólares que tenía pero insistió en que mi dinero era inútil. Luego me dijo que en Hong Kong se aceptaba únicamente la moneda de Hong Kong. Esto es como el departamento de aduanas de China que sólo acepta la moneda que emite el banco central de China. Esta misma clase de relación existe entre la voluntad de Dios y Su poder. No importa cuánto “dinero” tenga en su bolsillo, usted no podrá comprar nada en el reino de Dios con ello. Sólo el poder de Dios —el “dinero” de Dios— será aceptado. Incluso después de que el hombre conoce la voluntad de Dios, aún existe el peligro de que intente cumplirla valiéndose de su propio poder, ideas, carisma o elocuencia. Un ejemplo de esto es la manera en que Abraham engendró a Ismael. Aquí es donde radica el problema. El inicio y la meta final de una obra tal vez sean según Dios, pero los medios y el poder que un hombre usa para realizar la voluntad de Dios son sumamente importantes. Todo obrero del Señor debe preguntarse a sí mismo acerca de los medios que usa para cumplir la voluntad de Dios.

La meta de una obra debe ser espiritual, pero el método y los medios por los cuales alcanzamos la meta de Dios también deben ser espirituales. De lo contrario, cometeremos la iniquidad del santuario al introducir la carne en el santuario. Dios dijo: “Al extraño que se

acerque se le dará muerte” (Nm. 18:7). Llevar a cabo la obra de Dios no tiene nada que ver con nuestro poder. La pregunta ahora no es cuánto hemos hecho, sino si lo que hemos hecho fue según el poder de Dios. Un hermano dijo: “Sólo lo que es del cielo puede regresar al cielo”. Otra hermana dijo también: “Si el Señor viene, podremos irnos a casa”. Permítanme preguntarles si iremos a nuestro hogar o iremos de visita como huéspedes cuando vayamos al Señor. La respuesta dependerá de si venimos o no de parte del Señor. Si yo vengo de parte del Señor, regresaré como quien regresa a casa; de otro modo, será como ir de visita. Yo no podría decir que estoy regresando a Amoy porque Amoy no es mi hogar. Por lo tanto, para poder regresar al cielo, primero tenemos que venir del cielo. Si un hombre obtiene su fuerza de Adán, únicamente podrá regresar a Adán; jamás podrá regresar a Dios. Un obrero debe recordar que la obra de Dios únicamente puede llevarse a cabo mediante el poder de Dios; de lo contrario, ninguna obra será agradable a Dios.

### **EL RESULTADO DE LA OBRA DE DIOS ES LA GLORIA DE DIOS, NO NUESTRA PROPIA GLORIA**

El inicio de la obra de Dios es la voluntad de Dios, y el avance de Su obra es Su poder. Estos dos asuntos no tienen nada que ver con nosotros. Bajo este mismo principio, el resultado de la obra de Dios es la gloria de Dios y no nuestra propia gloria. Después de que yo prediqué en cierto lugar, un hermano se acercó y me dijo: “Hermano Nee, ¡usted habló muy bien esta noche! ¿No se siente orgulloso de ello?”. Yo no le contesté de inmediato, porque nadie me había hecho tal pregunta anteriormente. Pensé un poco acerca de esto y me pregunté a mí mismo si estaba orgulloso de mi hablar. Luego le contesté: “Nunca había pensado en esto anteriormente; tal vez sí estoy orgulloso, pero francamente nunca había pensado en esto”. Esa noche aprendí que, siempre y cuando busquemos sólo la voluntad de Dios y Su gloria, nunca pensaremos usurpar Su gloria. Si abrigamos el pensamiento de usurpar Su gloria, también tendremos un problema con el primer y el segundo asunto.

A estas alturas podemos hablar de algo que puede ser considerado superfluo. ¿Por qué Dios no le permite al hombre ser salvo por obras (Ef. 2:8-9)? ¿Cuál es la razón por la cual Dios “monopoliza” la obra de salvación? La razón es que Dios desea recibir toda la gloria. La cantidad de obra que uno hace determina la cantidad de gloria que recibe. Dios no desea compartir con nosotros Su gloria. Por esta razón, Él no nos permite hacer nada. Es por ello que Él escogió lo débil, lo necio y lo menospreciado del mundo para Su obra. En 1 Corintios 1:29 dice: “A fin de que nadie se jacte delante de Dios”. Dios no desea ver que nosotros recibamos la gloria. Él puede darle todo al hombre; incluso está dispuesto a darle a Su Hijo; pero Él no le dará al hombre Su gloria. Únicamente podemos entrar en la gloria del Señor. Nuestra condición puede ser muy deplorable y podemos ser débiles, pero en cuanto les brindamos un poco de ayuda a los hermanos y hermanas y apenas salvamos a unas cuantas personas, empezamos a robarle a Dios la gloria. Robarle a Dios Su gloria es cometer la iniquidad del santuario. Es muy fácil para nosotros cometer el pecado de robarle la gloria al Señor.

Ninguno de nosotros querría ser un ladrón. Sin embargo, robarle a Dios Su gloria es la acción propia de un ladrón. Dios no sólo exige que nosotros nos despojemos de las acciones externas malignas, sino también que no le robemos Su gloria. Dios es el Dios de toda bondad, y nosotros somos hombres de toda maldad. Sólo podemos decir que toda la bondad se halla únicamente en Él. Robarle a Dios Su gloria es cometer la iniquidad del santuario. El pan de la Presencia, el candelero y el altar del incienso, todos ellos, son Cristo. Aparte de Cristo, no hay nada en el santuario. Dios no desea tener nada de nuestra propia gloria en el santuario. Si un hombre entra en el Lugar Santísimo, únicamente verá el Arca, la cual es Cristo, y los

querubines sobre el Arca, que representan la gloria de Dios. Todo lo que vemos en el tabernáculo está relacionado con la gloria de Dios. El templo fue lleno de la gloria de Dios. En él vemos solamente a Cristo; ni siquiera vemos los sacrificios.

La pregunta que debemos hacernos hoy es quién puede compartir la gloria de Dios. El año pasado, Dios quizás llamó a algunos hermanos para Su obra; quizás Él le dio a usted la experiencia del derramamiento del Espíritu, y probablemente también recibió la vida vencedora. Me he enterado de que el año pasado muchos laboraron para el Señor de una manera maravillosa, pero me temo que algunos empezarán a enorgullecerse por ello. Me temo que cuando algunos obtengan más conocimiento y experiencia espirituales se llenen de orgullo espiritual. Ellos aún no han visto la voluntad de Dios y Su gloria. Es por ello que todavía laboran por sí mismos y buscan su propia gloria. Les ruego que presten atención a la Biblia. La Biblia nos dice que Dios “rechaza” (1 S. 15:23) y “resiste” a los soberbios (1 P. 5:5). Es difícil hallar otras palabras más enfáticas que éstas en la Biblia. La palabra *rechazar* significa terminar una relación con alguien, mientras que *resistir* es una palabra que se usa contra Satanás. Nada es más abominable a los ojos de Dios ni nada es más maligno en Su obra que el orgullo. No tenemos ninguna otra base sobre la cual estar firmes sino que somos polvo y cenizas.

En este mundo todos los que están bajo el engaño de Satanás son personas orgullosas. Una persona orgullosa no se conoce a sí misma; los que se conocen a sí mismos no serán engañados. Cuando nos presentemos delante de Dios, tenemos que comprender que todo lo que tenemos es inmundo. Si la sangre del Señor no me cubriera constantemente, no me atrevería a laborar para Él. De hecho, ni siquiera puedo ser un cristiano si no tengo la cobertura de Su sangre. ¿Qué tiene usted que no haya recibido de la gracia del Señor? ¿Piensa que es mejor que otros en algún aspecto? ¿Es usted más santo que otros en algún aspecto? Si Dios expusiera todo lo que hay en su interior, se daría cuenta de cuánta impureza tiene. En días pasados hablamos acerca de la excomunión de cierto hermano. Cada vez que nos acercamos a Dios, debemos venir con temor y temblor, pues de no ser por la gracia del Señor, vendríamos a ser peor que nuestro hermano.

Hoy estamos bajo la gracia de Dios, y aún no podemos entrar en la gloria de Dios. Tenemos que esperar al tiempo de la resurrección antes de poder obtener la gloria de Dios. Hoy en día sólo podemos ser humildes e inútiles como Lázaro el mendigo, quien continuamente mendigaba bajo la mesa. Sólo podemos ser de aquellos que reciben y aceptan la gracia en verdadera humildad delante de Su rostro.

Es lamentable que quienes participan de la obra de Dios puedan cometer la iniquidad del santuario. ¡Cuán maligno es el pecado contra el santuario! Si usted lee Números 18, comprobará que el castigo por los pecados cometidos en el santuario era principalmente la muerte. El pecado de acercarse al santuario resultaba en muerte (vs. 1-7). El pecado contra el santuario no necesita ser sometido al juicio del hombre, pues Dios lo juzga directamente. Los que se acercan al santuario mueren inmediatamente; no hay necesidad de que los sacerdotes juzguen nada. Los pecados ordinarios deben ser sometidos al juicio de los sacerdotes, pero la iniquidad del santuario es una ofensa directa contra Dios, y Dios la juzga directamente. Muchos pecados ofenden a Dios indirectamente, pero la iniquidad del santuario es una ofensa directa contra Dios. Esto se debe a que el santuario le pertenece a Dios, y la iniquidad del santuario es una violación contra la gloria de Dios y contra Dios mismo. Éste es un asunto extremadamente serio; sólo puedo hablar de esto bajo la sangre preciosa. Le pido al Señor por Su perdón, y también les pido perdón a los hermanos. (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 42, págs. 359-366)